

Transgresiones de la sensibilidad

Buscábamos algo y



en nuestro desordenado **arganear** por cajones y altillos y rincones, y cajas de galletas y zapatos de esas que se almacenan conteniendo junto a la corporeidad del objeto guardado¹ el secreto insondable de un “para qué” inequívoco que el tiempo ha ido borrando **sin piedad y sin ira** toparon nuestros dedos con las cuentas de un rosario de nombres y de rostros desgranados, tan jóvenes que *pero quién* — costaría trabajo no exclamar si no fuera por el justo temor a que la voz exclamando se quebrara, de tan vieja y



tan ajada ya —*diría...*

(esto es un fragmento de lo que a juzgar por los papeles de Valentina se recuerda como un primer intento de intervención de Bernardina en su momento y en **su día**).



¹ Que las más de las veces no es ni mucho menos el buscado sino alguno tan extemporáneo como una barra de labios — Ana Bolena, que quién se acuerda (no de la reina y su triste final sino de la marca), de color granate —, o una moneda que dejó de ser de curso legal hace ya décadas, o **una receta manchada de la grasa** que las distintas manos por las que pasó fueron dejando, o un frasquito diminuto que — encajado en un zapatito de tacón también diminuto de color (también) granate — exhibe una etiqueta en la que puede leerse “*¡mais oui!*”; o una llave que sirvió para abrir qué, o una estampa, o la jirafa de cristal (de cristal, con su cuello tan largo) que salió milagrosamente indemne de un roscón de reyes, o...

¿Qué andábamos buscando?